

**Por un pueblo no populista. Reflexiones teóricas a partir de la crítica de Francisco
al populismo¹**

*For a non-populist People. Theoretical reflections based on Francisco's criticism of
populism*

Guillermo E. Jensen^{2*}

RESUMEN

En el presente trabajo esbozaré tres líneas de reflexión críticas vinculadas al populismo. En la primera afirmaré que **I)** muchos de los fenómenos que llamamos populistas (sean de derecha o de izquierda) se asientan en una sociología caracterizada por el individualismo y la fragmentación social, producto de una particular situación del capitalismo actual, no cuestionada por parte del pensamiento liberal contemporáneo. Seguidamente argumentaré que **II)** esta convergencia entre populismo y liberalismo en la manera de entender la sociedad y cierta aversión del liberalismo a toda noción de pueblo o comunidad dificulta a este último una crítica eficaz al populismo. Luego, sostendré que **III)** la crítica de Francisco a los populismos resulta certera y debe ser recuperada para la reflexión político-jurídica. Finalmente, **IV)** propondré 3 líneas de

¹ Este texto es una versión extendida y modificada de la ponencia presentada en la [IV Jornada del Programa de Pensamiento Político](https://debatespublicos.uca.edu.ar/quien-dice-pueblo-quiere-enganar-reflexiones-teoricas-a-partir-de-la-critica-de-francisco-al-populismo/#_ftn1) (IICS- UCA), realizada el 27 de septiembre del 2022. Una versión condensada de la mencionada ponencia puede leerse en https://debatespublicos.uca.edu.ar/quien-dice-pueblo-quiere-enganar-reflexiones-teoricas-a-partir-de-la-critica-de-francisco-al-populismo/#_ftn1

Este escrito visibiliza resultados parciales del proyecto de investigación “Estructura y recepción del discurso social del papa Francisco en actores jurídicos y políticos en Argentina. Los casos de los Laudatianos y el Comité Panamericano de Jueces y Juezas por la Doctrina Franciscana”, con asiento en el Instituto de Investigación de la Facultad de Ciencias Jurídica de la Universidad del Salvador. Agradezco a los integrantes del proyecto Juan Bautista González Saborido, Florencia Álvarez Travieso, Alejandro Gamboa, María Quiroga, Mirna Florentín, Alejandro Williams y Rocío Penessi Agüero por los aportes realizados.

^{2*} Guillermo Jensen es abogado por la Universidad Católica de Santiago del Estero (UCSE), magíster en Ciencia Política y Sociología (FLACSO-Argentina) y doctor en Derecho (UBA). Docente de grado y posgrado en la Universidad de Buenos Aires, del Salvador, Católica de Santiago del Estero y Nacional de Santiago del Estero. Actualmente cumple funciones como Director del Instituto de Investigación de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad del Salvador. Sus áreas de investigación son la teoría de la democracia, la historia constitucional y la religión en la esfera pública.

reflexión tendientes a superar la lógica de antagonismo permanente que caracteriza a los populismos contemporáneos.

PALABRAS CLAVE: Populismo, lógica de antagonismo, crítica del papa Francisco

ABSTRACT

*In this paper I will outline three lines of critical reflection linked to populism. In the first I will affirm that **I**) many of the phenomena that we call populist (whether from the right or from the left) are based on a sociology characterized by individualism and social fragmentation, the product of a particular situation of current capitalism, not questioned by the contemporary liberal thought. I will then argue that **II**) this convergence between populism and liberalism in the way of understanding society and a certain aversion of liberalism to any notion of people or community makes it difficult for the latter to effectively criticize populism. Then, I will argue that **III**) Francisco's criticism of populism is accurate and should be recovered for political-legal reflection. Finally, **IV**) I will propose 3 lines of reflection aimed at overcoming the logic of permanent antagonism that characterizes contemporary populism.*

***KEYWORDS:** Populism, logic of antagonism, criticism of Pope Francisc.*

I. Anatomía del populismo

En una alocución realizada este año en la Universidad Católica de Chile, que tuvo repercusión más allá del ámbito académico, el actual vicepresidente de la Corte Suprema de Justicia Argentina Carlos Rosenkrantz (2022) en una conferencia describió sintética y certeramente al populismo como “...una posición acerca de cómo debe concebirse la acción política. Por eso hay populismos de izquierda y de derecha, lo que

los define como populismos no es lo que debe hacerse políticamente hablando sino cómo debe hacerse.”

El populismo sería en este sentido un dispositivo, una forma política que puede ser llenada de contenido ideológico de izquierda o de derecha, que comparte dos rasgos sobresalientes. El primero es (cito a Rosenkrantz)

...filosófico y es el hecho de que el populismo presupone la existencia de una entidad colectiva, supra individual, que es autónoma e irreductible a nosotros los individuos. El segundo rasgo del populismo es que no solo cambia el cómo sino también pretende cambiar el quién, de la acción política, esto es pretende cambiar el sujeto y el destinatario de la política. En ese sentido más allá de muchas diferencias relevantes en todas las narrativas populistas el pueblo es el validante por antonomasia. (2022)

Rosenkrantz (2022) finaliza criticando al populismo porque en su fundamento se encuentra una unidad colectiva que choca con la lógica individualista de las democracias constitucionales,

...pues se basa en la idea [de] que el individuo es el centro de todo el universo político. No quiero usar palabras ampulosas, pero no veo cómo decirlo mejor que para una democracia constitucional liberal, metafísicamente, solo hay individuos. Se trata de individuos que viven en sociedad, por supuesto, valoran a sus comunidades porque entienden que solo en su seno pueden realizarse como individuos. Por ello lo único que en última instancia importa en una democracia liberal es el bienestar de los individuos.

Estas palabras pronunciadas por el juez argentino condensan muy bien una extendida manera de comprender al populismo de parte de pensadores liberales y no liberales. De hecho, el mismo Ernesto Laclau (2005) acordaría mayormente con la

descripción de Rosenkrantz, pues como se puede leer en *La Razón Populista*, el populismo se vincula con “...una lógica social cuyos efectos atraviesan una variedad de fenómenos. El populismo es simplemente, un modo de construir lo político” (Laclau, 2005, p. 11). También acordaría que el contexto posmoderno actual sobre el cual se yergue todo proyecto populista se caracteriza por “demandas insatisfechas y una creciente incapacidad del sistema institucional de absorberlas diferencialmente” (Laclau, 2005, p. 98) y que el pueblo es la categoría central de la política populista, como lo demuestra el largo y detallado apartado que Laclau le dedica a la noción de “pueblo” en la citada obra³. Parafraseando al General, hasta aquí somos todos populistas.

II. Una (errada) mirada liberal sobre el populismo

Ahora miremos el vaso medio vacío. Aunque la descripción pueda ser más o menos certera, las críticas de Rosenkrantz (y la de gran parte del liberalismo en general) al populismo yerran en su blanco, por tres motivos.

En primer lugar, el individualismo y la fragmentación social son la base, el caldo de cultivo social sin la cual ningún proyecto populista puede funcionar. El individuo, que para Rosenkrantz es el centro de la política, en su versión individualista y fragmentada constituye también el punto de partida del populismo. El populismo teorizado por Laclau presupone una sociedad fragmentada, con demandas diferenciales no satisfechas. Algún heredero de Laclau podría decir, con bastante razón, que el populismo no creó esa fragmentación social, sino que esta es una característica del capitalismo tardío que no se puede obviar para la construcción política.

³ Nos referimos al capítulo IV (Laclau, 2005).

En segundo lugar y contrariamente a lo que hacen muchos autores pertenecientes al campo “republicano” o “liberal”, el populismo parece tomarse en serio la pregunta política por antonomasia: que no es otra que la pregunta por la ciudad, la comunidad, el pueblo. En otras palabras, una pregunta que no se dirige al “yo” del individuo sino al “nosotros”. Creo que este punto es central, porque no es solo el populismo quien postula un “nosotros”, sino que esta es una característica de toda teoría política que se tome en serio lo político y, muy particularmente, a la democracia. De hecho, las democracias liberales del occidente de posguerra se construyeron con la conciencia clara de no ser un conjunto de individuos, sino un “nosotros”, que articulaba libertad e igualdad sobre la base de un orden constitucional liberal y democrático, en franca oposición al “nosotros” comunista. Nunca fue la política del “yo” contra el proyecto político del “nosotros”, sino un “nosotros” democrático y liberal contra un “nosotros” autoritario. La reflexión política es siempre una reflexión sobre lo común, donde comunidad y persona se encuentran.

Esta manera de pensar no es para nada ajena al ámbito de pensamiento liberal. De hecho, destacadísimos autores de la tradición liberal como Tocqueville, Constant y Aron, o Sarmiento entre nosotros, eran muy conscientes de que el centro de la política era el establecimiento de comunidades que hicieran posible el ejercicio de las libertades individuales. Quizá el liberalismo más académico y economicista ha perdido de vista que todo proyecto político, incluido uno liberal, implica también un “nosotros”, como bien ha señalado Mario Miceli (2022). Es evidente que cuestiones como el lugar en el que nacemos, la lengua y las costumbres que adquirimos en nuestros primeros años de vida, la familia que nos cobija, el punto de partida socioeconómico que condiciona gran parte de nuestras vidas o los enemigos a los que nos enfrentamos son cuestiones que se pueden explicar más certeramente a partir de las comunidades que en los hechos

integramos (muchas veces sin nuestra voluntad, e incluso en contra de ella), antes que por contratos o pactos hipotéticos. Lo que es evidente es que existen personas, vinculadas a comunidades y pueblos concretos, que se relacionan entre sí y con sus comunidades a través de lazos de interdependencia. Las recientes reflexiones de Michael Sandel (2020) sobre el mérito resultan particularmente iluminadoras para pensar estas cuestiones⁴.

Llegados a este punto, casi que podríamos invertir la afirmación de Rosenkrantz y afirmar que lo que parece no existir son los individuos en tanto mónadas aisladas. Lo que es evidente es que existen personas, vinculadas a comunidades y pueblos concretos, que se relacionan entre sí y con sus comunidades a través de vínculos de interdependencia. Finalmente somos “*animales racionales y dependientes*”, como titula Macyntire a una de sus más interesantes obras⁵.

Cierro este apartado haciendo notar que una consecuencia de postular el “yo” contra el “nosotros” es que perdemos de vista la discusión sobre *qué* comunidad queremos y *cómo* queremos conseguirla. Y es aquí, en la discusión sobre el pueblo y lo popular, que quiero traer a la reflexión la crítica que Francisco realiza al populismo.

III. Lo popular vs. el populismo en Francisco

Para Laclau (2005), una de las características centrales del pueblo es que no es algo dado sino contingente, que comienza a existir a partir de

La frustración de una serie de demandas sociales aisladas, que hacen posible el pasaje de las demandas democráticas aisladas a las demandas populares equivalenciales. Una primera dimensión de la fractura es que, en su raíz, se da la experiencia de una falta... Hay una plenitud de la comunidad que está ausente.

⁴ Sobre la actualidad de los planteos de Sandel, ver el trabajo de Migliore (2022).

⁵ Sobre el aporte de Macyntire y la noción de interdependencia, ver artículo de Alejandro Pelfini (2022).

Esto es lo decisivo: la construcción del “pueblo” va a ser el intento de dar nombre a esa planitud ausente. Sin esta ruptura inicial de algo del orden social... no hay posibilidad de antagonismo, de frontera, o en última instancia de “pueblo”. (Pp. 112-113)

Ese pueblo no lo construye el amor sino la enemistad: “la identidad del enemigo depende cada vez más de un proceso de construcción política”. La delimitación de ese pueblo “supone la división del escenario social en dos campos... El destino del populismo está estrictamente ligado al destino de la frontera política: si esta última desaparece, el ‘pueblo’ como actor histórico se desintegra” (Laclau, 2005, p. 114).

Tenemos entonces que el “pueblo” populista es una construcción de la política populista, que lee la situación social de la modernidad tardía caracterizada por la fragmentación social y de demandas sociales insatisfechas, con el objetivo de unificar a partir de la diferencia: el pueblo será el resultado de la acción política del líder populista, que se sostendrá (entre otros aspectos) en la confrontación con el antipueblo. El “nosotros” del pueblo populista se configura primordialmente cuando se puede construir un enemigo. Y esa construcción política es permanente, pues el día que cesa el conflicto desaparece el pueblo. Por ello, es sumamente ingenuo esperar que un líder populista (en los términos teorizados por Laclau) busque el consenso y delegue decisiones políticas a una comunidad. Por el contrario, el conflicto permanente es lo que hace existir al pueblo y por lo tanto el líder populista, como articulador de demandas equivalenciales y decisor del enemigo unificante debe, sí o sí, impulsar el conflicto, conformar identidades a partir de este, mantener la frontera, alimentar la grieta. El líder populista crea el pueblo, no lo representa en sentido tradicional. Paradójicamente o no, este es un rasgo estructural y no contingente de la construcción política populista.

Contra esta forma de entender al pueblo es que me parece pertinente recuperar la crítica de Francisco a los populismos. Porque los ejes de esas críticas aciertan en cuestionar aspectos centrales de la noción populista de “pueblo”: **a)** su carácter contingente, **b)** la idea de que es creado por un líder *ex nihilo* y **c)** que la manera de mantenerlo unido es por vía de la polarización permanente entre campos sociales divididos en polos. Obviamente, no voy a realizar las vinculaciones más profundas con la dimensión teológica de la categoría pueblo, sino que voy a realizar una lectura parado en la vereda de la teoría política, por así decirlo. Voy a utilizar tres citas como disparadores.

En su reciente encíclica *Fratelli tutti*, Francisco (2020a) sostiene que:

La pretensión de instalar el populismo como clave de lectura de la realidad social, tiene otra debilidad: que ignora la legitimidad de la noción de pueblo. El intento por hacer desaparecer del lenguaje esta categoría podría llevar a eliminar la misma palabra “democracia” —es decir: el “gobierno del pueblo”—. No obstante, si se quiere afirmar que la sociedad es más que la mera suma de los individuos, se necesita la palabra “pueblo” [...]. También que se puede pensar en objetivos comunes, más allá de las diferencias, para conformar un proyecto común. Finalmente, que es muy difícil proyectar algo grande a largo plazo si no se logra que eso se convierta en un sueño colectivo. Todo esto se encuentra expresado en el sustantivo “pueblo” y en el adjetivo “popular”. Si no se incluyen —junto con una sólida crítica a la demagogia— se estaría renunciando a un aspecto fundamental de la realidad social. (157)

En el libro *Soñemos Juntos*, Francisco (2020b) hace notar que, no obstante reconocer que los populismos exacerbaban el conflicto y generan antagonismo, debemos aceptar que los conflictos en las sociedades existieron, existen y existirán y que el

desafío es canalizarlos positivamente: asumir que existe la fragmentación y cierta polarización es el primer paso para construir comunidades pacíficas: "...abordar el conflicto y los desacuerdos con el fin de no caer en la polarización. Esto significa resolver la división dejando espacio a una nueva manera de pensar que pueda trascender la división" (pp. 80-81).

Casi 30 años antes, Jorge Mario Bergoglio (1992) ya percibía la necesidad de:

...recobrar la vigencia de lo político en su total amplitud. Esto entraña la convicción de que la Nación es fruto de la amistad interna. Recobrar el horizonte de lo político es recobrar el horizonte de síntesis y de unidad de una comunidad, horizonte de armonización de intereses, de organización de la racionalidad política para dirimir conflictos; horizonte estratégico de acuerdo en lo esencial, de creencia de que nuestra propia identidad y seguridad personal, familiar y sectorial es frágil e imprevisible sin el marco de lo político. (P. 279)

Creo que estas tres citas son suficientemente claras e ilustrativas. Francisco nos invita a "no meter en la misma bolsa", como se dice habitualmente, al pueblo y al populismo, algo que desde la posición liberal que he criticado se hace habitualmente. De hecho, el pueblo de Francisco, el "nosotros" detrás de esa categoría, es diametralmente distinto del pueblo populista. Veamos.

En primer lugar, los pueblos y comunidades no son la creación de un líder populista. Aunque muten en el tiempo, la existencia de comunidades, pueblos y culturas en Francisco no depende de la esclarecida voluntad del líder populista de definir los contornos de ese pueblo, indicándonos a qué enemigos debemos enfrentar y las identidades que debemos adquirir. Asumir que la comunidad y los pueblos preexisten es la condición primaria para desarticular la noción de pueblo populista. Que esas comunidades tienen un pasado, tradiciones y culturas, que, aunque cambiantes y

múltiples, están ahí desde antes. Hay un rasgo potencialmente totalitario en querer borrar el pasado, modificar las identidades colectivas y generar nuevas y profundas enemistades.

En segundo término, no es casual que junto al populismo político se haya expandido la crítica filosófica “deconstruccionista”, que pone en cuestión las bases culturales de las sociedades libres y civilizadas, que aplican la “hermenéutica de la sospecha” de Paul Ricoeur a todo y a todos. Bueno, no a todos, el populismo (y muchos otros *ismos*) nunca sospecha de sus posiciones ni deconstruye sus más belicosos hábitos. La deconstrucción y la sospecha solo se aplican a los enemigos.

Creo que no hay que confundir las apelaciones de ciertos populismos de derecha a la familia, la religión y las tradiciones. Esas apelaciones tácticas son realizadas en tanto sirven de clivajes para construir un pueblo populista y favorecer el antagonismo con cierto liberalismo cosmopolita secular. En otras palabras, sirven solo para mantener la grieta social siempre abierta.

Finalmente, la noción de que las comunidades y los pueblos existen, que no son arcilla maleable en manos de circunstanciales gobernantes, va unida a la aceptación del conflicto político como un rasgo estructural de la vida en común. Francisco nos invita a no regalarle la democracia al populismo. Creo que es una invitación que deberíamos aceptar.

IV. Tres reflexiones a modo de conclusión

Creo que el populismo es un mal de nuestro tiempo, una manera negativa más que positiva de entender la política. Justamente por eso, debemos tomarnos en serio el contexto económico-social que favorece su aparición. Es hora de dejar de lado las explicaciones localistas y dar cuenta de la dimensión global del fenómeno. Los miedos

y pesimismo para con el futuro alimentan regímenes autoritarios a lo largo de todo el globo, de izquierda y de derecha, de Erdogan a Maduro, de Noriega a Orban. Hay populismo (y mucho) más allá del Río de la Plata.

También considero que llegó el momento de aceptar lo señalado por investigadores de tendencia liberal como Aníbal Pérez Liñán (2017), en el sentido de que algunos de los efectos de la globalización en los últimos 30 años, como la deslocalización y la fragmentación del mercado de trabajo, la precarización laboral, el subempleo y el desempleo estructural han fragmentado las sociedades de países desarrollados. Me temo que los liderazgos populistas en los países centrales y no centrales, cuya última expresión es Melloni en Italia, seguirán creciendo mientras el futuro sea incierto y la frustración ciudadana siga en ascenso. El no populismo debe hacerse cargo de esta situación y abandonar el extendido entendimiento de que todos los males del mundo son producto de líderes perversos que llegaron al poder de la mano de masa incultas. Externalizar el mal, autopercibiéndose puros y sin responsabilidad, nos aleja de la posibilidad de comprender por qué sucede lo que sucede.

Finalmente, les propongo que, si queremos defender la democracia constitucional que se extendió por el mundo occidental después de la Segunda Guerra Mundial y que hoy se ve amenazada, debemos entenderla como lo que es: un orden político, un “nosotros” que posibilita que los ciudadanos de esas comunidades articulen virtuosamente libertad e igualdad. Es ese tiempo de comunidad la que posibilita la libertad. Y aunque parezca algo extraño, para fortalecer ese “nosotros” y revitalizar las alicaídas democracias liberales quizá debamos recuperar el concreto aporte de las tradiciones religiosas.

En 1967, el jurista alemán Ernst Wolfgang Böckenförde enunció su célebre teorema, el cual sostiene que el Estado constitucional moderno, liberal y secular se

sustenta en presupuestos que él mismo no puede garantizar. Muy por el contrario, la vida civilizada, el respeto por la legitimidad democrática y el Estado de Derecho se alimentan del arduo encuentro y convivencia pacífica entre la tradición religiosa judeocristiana y la tradición ilustrada secular. El Estado constitucional de posguerra no había producido esas tradiciones: estas ya estaban ahí y aquel solo podía cuidarlas defendiendo la libertad, particularmente la libertad religiosa, que las hacía florecer y desarrollarse. Para el jurista alemán, el Estado de Derecho no sobreviviría sin ese *ethos* cultural democrático, conformado por una fuerte tradición religiosa en diálogo con otras religiones y con la cultura ilustrada secular⁶.

Vivimos tiempos desafiantes, marcados por la fragmentación social y la polarización política permanente. A la vez, fuimos perdiendo la conciencia respecto de los límites de toda empresa humana. Convivimos con una sobre-ideologización excluyente y hasta violenta, que se traslada a todos los ámbitos de nuestra vida. Esto dificulta la convivencia pacífica, la comunicación entre culturas y la acción democrática conjunta que todo orden constitucional civilizado requiere. Estoy cada vez más convencido de que ningún orden constitucional civilizado sobrevivirá al antagonismo social permanente. Por esa razón, debemos tomarnos en serio el desafío de no alimentar más batallas culturales.

Es por ello que resulta necesario profundizar la “cultura del encuentro” propuesta por el papa Francisco, advirtiendo que no es ninguna ingenua idea de un líder religioso, sino que ante la fragilidad que caracteriza la institucionalidad y la vida social de nuestro tiempo, quizá sea un necesario camino para dar cuenta del desafío de revitalizar las democracias constitucionales hoy en crisis. Es cierto que en nombre de

⁶ Un desarrollo previo sobre la relevancia de la cultura para el orden constitucional puede encontrarse en Guillermo Jensen y Juan Bautista González Saborido (2022). Sobre la relevancia del “dictum” de Böckenförde para el siglo XXI, ver Ernst W. Böckenförde (2022, pp. 220-237).

esa cultura del encuentro se producen discursos sociales de compromiso, vacíos de contenido, así como intervenciones políticas descaradamente interesadas. De alguna manera, es tan lamentable como es inevitable. Contra esa instrumentalización que solemos ver y escuchar con asiduidad, propongo que recuperemos para la reflexión política una noción menos superficial: una cultura del encuentro que no niegue las diferencias religiosas, políticas ni sociales, sino que nos inspire para lograr una poliédrica convivencia en la diferencia. En ese rasgo, tan sencillo de enunciar como difícil de realizar, se encuentra su valioso secreto.

Ante el delicado contexto político del mundo contemporáneo, los católicos tenemos una particular posibilidad y responsabilidad. El Evangelio es quizás una de las pocas fuentes que nos permiten romper el círculo de violencia mimético que tan bien explicó René Girard (2016), ese círculo que hace de la enemistad permanente el eje de la política. El populismo en tanto forma de actuar y dispositivo ha permeado a muchas personas, que refractarias a los políticos populistas, han adoptado inconscientemente sus modos de enemistad profunda y polarización de forma permanente.

El peligro es evidente. Debemos evitar que la lógica antipopulista se convierta en la contracara política coyuntural para enfrentar a proyectos políticos populistas, sin advertir que puede terminar constituyéndose en la necesaria contraparte estructural de ese mismo proyecto populista que se quiere superar. Para polarizar, bailar un tango y mantener la grieta abierta hacen falta dos.

Referencias bibliográficas

BERGOGLIO, J. M. (1992). *Reflexiones en Esperanza*. Buenos Aires: Ediciones Universidad del Salvador.

BÖCKENFÖRDE, E. W. (2022). The Secularized State: Its character, justification, and problems in the Twenty-First Century, en Ernst W. Böckenförde, Mirjan Künkler and Tine Steein (eds.), *Religion, Democracy and Law*. Oxford: Oxford Press.

FRANCISCO, S. S. (2020a). Carta Encíclica *Fratelli tutti*.

FRANCISCO, S. S. (2020b). *Soñemos Juntos. Conversaciones con Austen Ivereigh*. Plaza & Janes.

GIRARD, R. (2016). *La Violencia y lo Sagrado*. Barcelona: Anagrama.

JENSEN, G. (2022). ¿Quién dice pueblo quiere engañar? Reflexiones teóricas a partir de la crítica de Francisco al populismo, en *Debates Públicos*. Disponible en https://debatespublicos.uca.edu.ar/quien-dice-pueblo-quiere-enganar-reflexiones-teoricas-a-partir-de-la-critica-de-francisco-al-populismo/#_ftn1

JENSEN, G. y GONZÁLEZ SABORIDO, J. B. (2022). Los presupuestos culturales del orden constitucional, en *Perfil*, 2 de marzo del 2022. Disponible en <https://www.perfil.com/noticias/opinion/guillermo-jensen-juan-bautista-gonzalez-saborido-los-presupuestos-culturales-del-orden-constitucional.phtml>

LACLAU, E. (2005). *La Razón Populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

MICELI, M. (2022). El pueblo homogéneo y algunas cegueras de las tradiciones de pensamiento político. Disponible en <https://debatespublicos.uca.edu.ar/el-pueblo-homogeneo-y-algunas-cegueras-de-las-tradiciones-de-pensamiento-politico/>

MIGLIORE, J. (2022). Actualidad de un debate. Las críticas comunitaristas al liberalismo. Disponible en <https://debatespublicos.uca.edu.ar/actualidad-de-un-debate-las-criticas-comunitaristas-al-liberalismo/>

- PELFINI, A. (2022). La ilusión de la Autonomía. Vulnerabilidad e interdependencia como respuestas a la multicrisis civilizatoria, en *Debates Públicos*. Disponible en <https://debatespublicos.uca.edu.ar/la-ilusion-de-la-autonomia-interdependencia-y-vulnerabilidad-como-respuestas-a-la-multicrisis-civilizatoria/>
- PÉREZ LIÑÁN, A. (2017). ¿Podrá sobrevivir la democracia al siglo XXI?, en *Revista Nueva Sociedad* No. 267, enero-febrero de 2017. Disponible en https://static.nuso.org/media/articles/downloads/2.TC_Perez-Li%C3%B1an_267.pdf
- ROSENKRANTZ, C. F. (2022). Conferencia: *Justicia, Derecho y Populismo en Latinoamérica*. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=RWPv-O4pKa0>
- SANDEL, M. (2020). *La tiranía del mérito. ¿Qué ha sido del bien común?* Madrid: Debate.